

Y son nombres de mujeres

Antología de escritoras
zacatecanas III



ZACATECAS

SECRETARÍA DE LAS
MUJERES



Linhas Negras

Y son nombres de mujeres
Antología de escritoras
zacatecanas
III



Y son nombres de mujeres. Antología de escritoras zacatecanas III

Este libro es posible gracias a la participación de:

Secretaría de las Mujeres del Gobierno del Estado de Zacatecas

Dra. Adriana Guadalupe Rivero Garza
Secretaria de las Mujeres

Colectivo Líneas Negras

Mtra. Sonia Ibarra Valdez
Mtra. Irene Ruvalcaba Ledesma
Fundadoras



La presente antología forma parte de la serie *Y son nombres de mujeres*.
Volumen III, primera edición, cuenta con 200 ejemplares.
Se terminó de imprimir en Zacatecas, Zac., marzo de 2020

* Las opiniones expresadas en esta publicación son responsabilidad de sus autoras y no representan necesariamente las de Semujer.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Índice

Peggy Bonilla Castañeda	11
➤ Campesina	
➤ El Valle de Valparaíso	
➤ 2 de octubre	
Arely Valdés Rodríguez	13
➤ Si la vida te da limones...	
Pilar Alba Rodríguez	16
➤ Sol	
➤ No mires atrás	
➤ En tu corazón	
Roberta García Baccio	18
➤ Movimientos telúricos	
Nancy Erika Acuña Aguayo	20
➤ Rescaldos de humedad	
Laura Alicia Soriano Torres	21
➤ El sueño de la araña	
Diana Lidia Oliva Alcalá	23
➤ La tía Aurora	
Karen Salazar Martínez	25
➤ Imagen desvincijada	
➤ ¿Has escuchado el tictac en el cuarto de lado?	
Anastasia Piñeiro Aguilera	27
➤ Un secreto a mis pies	
Karina Ramos Álvarez	29
➤ Tras la ventana	
María Elena Rodríguez Caldera	32
➤ Metas terminales	
Brenda Castro Rosales	34
➤ Tarot	
Stephanie Hernández Martínez	38
➤ Obregón 73	
María Zamarrón Castillo	41
➤ El ancla	
Iranzu Gárriz Fernández	45
➤ La sazón de los domingos	
Cynthia Yolanda Aguayo Medina	48
➤ Aión	
➤ Jardín	
➤ Hidrología	
Cynthia García Bañuelos	50

Beatriz Espejo, narradora del universo femenino

Presentación

Para el Gobierno del Estado de Zacatecas, a través de la Secretaría de las Mujeres, es muy grato trabajar en conjunto con escritoras creativas, impulsoras de nuevos talentos y promotoras de la cultura en nuestro estado. Con sus escritos muestran sus vivencias reales o imaginarias, creíbles e increíbles, sus fobias y atracciones hacia lo conocido e incierto; con sus textos nos inducen a imaginar paisajes, espacios y contextos; de manera creativa invitan, por medio de la lectura, a conocer y vivir a través de su particular forma de ver el mundo.

El proyecto *Y son nombres de mujeres* tiene como objetivo publicar escritos de zacatecanas, reunidos en una serie de antologías. Este libro es la prueba del compromiso constante de Semujer con las literatas, posibilitando que la academia y las instituciones garanticen que las creadoras cuenten con espacios para la publicación de sus escritos y así motivar a más mujeres hacia el campo escritural.

En este sentido, las 17 autoras que reúne este volumen y el equipo de Líneas Negras abren camino, son generadoras de cambios; muestran su talante a través del arte de la escritura. Sus creaciones son indispensables para romper los prejuicios, mitos y estereotipos existentes en el ámbito literario: las mujeres saben escribir y lo hacen muy bien. Sus trabajos son valiosos y requieren ser publicados, compartidos y leídos con precisión; son lecturas importantes para el avance de la literatura.

Las escritoras zacatecanas que integra este libro muestran el entusiasmo y dedicación para que las ideas surjan, la inspiración emerja y las plumas se dispongan e impulsen para crear, construir frases, párrafos, estrofas y oraciones que entrelazan expresiones estéticas y de reflexión que desmontan los clichés. Sin duda, en esta

conjugación, la imaginación alcanza hasta donde las autoras nos quieren llevar.

Invitamos a leer con apertura y rigor; a compartir la experiencia literaria y a disfrutar de lo contenido en esta antología; riqueza literaria que se hace posible con el trabajo coordinado, con el reconocimiento y la renovación constante.

Dra. Adriana Guadalupe Rivero Garza
Secretaria de las Mujeres

Prólogo

En Líneas Negras tenemos la firme convicción de que la literatura escrita por mujeres es indispensable para la recreación constante y permanente de la literatura. Los textos hechos por mujeres provienen de su creatividad, constancia y libertad; se orientan hacia la gran marea de escritos que constituyen la historia de las influencias y de la literatura. Por ello, es preciso que sus escritos lleguen a las y los lectores por medio de la publicación, descubriendo una fuente inagotable de recreación literaria.

No obstante, cualquiera que busque en la historia de la literatura se dará cuenta de que, a lo largo del tiempo, ha existido — y existe— un sesgo en la publicación: el mercado editorial sigue priorizando los textos firmados por varones creando una barrera para la difusión y lectura de los escritos hechos por mujeres que, desafortunadamente, sigue arraigado en la cultura editorial y hace eco en las y los lectores.

Atendiendo a ello, la serie de libros *Y son nombres de mujeres. Antología de escritoras zacatecanas*, posible gracias al trabajo conjunto entre la Secretaría de las Mujeres y el Colectivo Líneas Negras, manifiesta la ardua labor que realizan las escritoras en el estado, además de que contribuye a la difusión extensa de sus textos, algunos de ellos divulgados en México, Estados Unidos y Latinoamérica. Así, este proyecto ya suma 64 escritoras con nombre y apellido.

En ese sentido, felicitamos ampliamente a las escritoras que integran la presente edición: Peggy Bonilla Castañeda, Arely Valdés Rodríguez, Pilar Alba Rodríguez, Roberta García Baccio, Nancy Erika Acuña Aguayo, Laura Alicia Soriano Torres, Brenda Castro Rosales, Diana Lidia Oliva Alcalá, Karen Salazar Martínez, Anastasia Piñeiro Aguilera, Karina Ramos Álvarez, María Elena Rodríguez Caldera, Stephanie Hernández Martínez, María Zamarrón Castillo.

Iranzu Gárriz Fernández, Cynthia Yolanda Aguayo Medina y Cynthia García Bañuelos; mujeres con el corazón bien puesto en la literatura. Asimismo, reconocemos el gran trabajo y compromiso constante que la Dra. Adriana Rivero Garza tiene con las mujeres zacatecanas en los diversos espacios en los que se desenvuelven.

Finalmente, invitamos a explorar las distintas posibilidades de lectura que este libro propone, tocando límites insospechados del temor, la muerte, el amor, la soledad, la decadencia del cuerpo, el recuerdo, lo secreto, el sacrificio, entre otros. La perspicacia de sus escritoras hace posible un disfrute total al andar por espacios que, aunque desconocidos, se transforman en territorios cuya cotidianidad es deslumbrante. Lo que aquí se muestra habita en un jardín vivo de transformaciones que revela lo más delicado e íntimo de la existencia.

Sonia Ibarra Valdez e Irene Ruvalcaba Ledesma
Fundadoras de Líneas Negras, marzo 2020

Peggy Bonilla Castañeda (Valparaíso, Zacatecas, 1950) estudió Periodismo en Baja California, diplomada en Creación Literaria en la Escuela de Escritores SOGEM Guadalajara. Ha asistido a diversos talleres en el Instituto Nacional de Bellas Artes y la Universidad de Baja California. Ha publicado en revistas impresas y virtuales. Es autora de siete libros, el primero se titula *Coloquio de melancolías* (1982). Ha sido incluida en 45 antologías de narrativa y poesía, nacionales e internacionales. Sus libros, *Llamados a misa* y *De la lujuria al olvido*, han sido traducidos al francés y presentados en 2018 en Estrasburgo, Francia y en Lisboa, Portugal. Ha sido reconocida con el galardón por trayectoria de Festiarte en Tijuana.

Campesina

Soy hija del trigo, natura es mi madre
vengo del maíz, del frijol en flor
de dulces aromas y tocar el aire
Cuando niña, el *apá* abría el surco
Detrás del arado y la yunta de bueyes
Morral al hombro, yo ponía la semilla
Por todo eso, añoro la casa donde nací
de adobe las paredes, con tragaluz en el techo
'onde escapaba el *jumo*, deslizándose
pa' alcanzar el cielo

Evoco la ordeña de las vacas
la pinta, la josca, la calceta
daban harta leche, *pa'* hacer el queso
El patio empedrado cubierto de sombra
del mezquite inmenso
El olor de la tierra húmeda de lluvia
la noria enamorada, el huerto, los cerezos
sinfonía de chicharras, de grillos y ranas
Mi perro corriendo —blanco *capullo*—
sus ladridos tras de mí, entre *tlazoleras*
Es aquella chiquilla, a quien yo recuerdo
Memorias intensas, parecidas a los sueños
Y siempre encontré tesoros
al final del arco iris, entre ellos la luz

Sobre las carretas en aquellos tiempos
no solo iba yo, también mis deseos
¡No cubrirá hoy la monotonía
ni el asfalto de este suelo
a mi condición de niña y su fantasía!

El Valle de Valparaíso

Vine a mi valle Valparaíso
rincón de la luna
donde las tapias de adobe perduran
Recojo nostalgias
pueblo perdido en añoranzas
de quien te ha vivido
Tener que irse es como el destierro
canto de la milpa seca
hay que llorarle a la siembra
del tesón por ver germinar la tierra
ya no hay estanque, ni arroyo y poco río
donde depositar las esperanzas
El alma siempre tiene sed
del regreso de aquellas torcazas
eso y más provocan las ausencias
de lo que fue mi paraíso

Arely Valdés Rodríguez (Zacatecas, Zacatecas, 1993) es licenciada en Letras por Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue becaria en los talleres de literatura de la Caravana Cultural Interfaz “El entorno que estamos diseñando” en Monterrey, Nuevo León, 2015. Fue Beneficiaria PECDAZ 2015-2016 en el área de narrativa. Es autora de la colección de cuentos *Playlist para Extravío* (IZC, 2018). Escribe en el blog misterremoto.com.

Si la vida te da limones...

*A falling star fell from your heart and landed in my eyes
I screamed aloud, as it tore through them
and now it's left me blind
Cosmic love, Florence and The Machine*

Conseguí que aceptara mi invitación. De alguna manera, sin embargo, se las arregló para hacer que estuvieran presentes todos nuestros amigos en común.

Ocurrió mucho tiempo atrás y aún puedo rebobinar la escena y proyectarla en mi interior en cámara lenta.

El anuncio del final de mi empresa amorosa: una gota que dibuja una parábola y surca el espacio entre ambos; la luz refractándose en centenares de trocitos durante un cortísimo instante de segundo; la caída de la gota, el aterrizaje de la gota que se parte en diminutas perlas sobre las pestañas tupidas; el pliegue de piel morena que se retrae, y mi corazón desperdigado, tan intuitivo del *sino* que sellé, queriendo deshacer lo que la mano inició.

Tan ridículo que, si no me doliera, me reiría.

Se había carcajeado de mis chistes, respondido mis mensajes con puntualidad, dado me encorazona a cada una de mis publicaciones. Cuando llegó al bar con media tropa, asumí que necesitaba refuerzos para el valor de sentar a su soledad frente a la mía. Además, claro, mi especificidad había fracasado olímpicamente al concretar la cita. Hora y lugar: *checked*. Más una, más dos personas: sin mencionar.

Confundir amabilidad con coquetería cualquiera lo hace. El refinamiento de su atención hacia mí no podía ser tan solo un síntoma del ego que azuza en la búsqueda de agasajos.

Y sin embargo...

Yo había exprimido el cuarto de limón sobre la boca de la botella y me explotó en la cara como pirotecnia fuera de control.

Un atardecer constante: soy y no, pude ser y no. Soy la persona que besó cuando nadie veía. Pude ser el amor de su vida. Fui, en cambio, parte de esa fantástica sección de un charco suspendido, rebosante de hubieras. Fui piedra angular de un romance que quería para mí.

Además de rebobinar la escena y proyectarla en cámara lenta, también puedo hacer zoom.

Zoom a las manos de uñas bien cortadas depositando la nueva ronda de cervezas sobre la mesa pegajosa de uso, con esa facilidad que da la repetición. Zoom a la mirada espesa como maple intentando recuperarse entre guiños del escozor y luego el cruce. Zoom al cruce. Pausa al cruce.

Su mirada volvió del trance del ardor y lo primero que encontró fueron los ojos de quien nos atendía.

Puedo apagar las luces del bar y colocarles un cenital encima, color ámbar, igual que las burbujas de la cerveza que ascendían puntuales hacia el cuello de la botella. Tersa, la luz delinea sus brazos, recolora sus pupilas, oscurece todo lo que no sea su cruce. Apago las luces y quedo en la penumbra. Mi rededor pulsa con los latidos de mi corazón ralentizado. Soy parte del público que les ve cruzar miradas. Noto como saltan chispas. Supe que estaba presenciando el ocaso de mis expectativas a la par del amanecer de algo mucho más grande que lo que hubiera sentido yo hasta entonces. Mi insistencia en acudir ese día, a esa hora, a ese bar, los mensajes, las risas, incluso el pequeño triunfo de mi valor cuando le pedí su número en mitad de la calle, años atrás condujeron a ese punto.

Se encontraron.

Lo que había sido para mí el mapa de mi vida, era para ellos un punto de referencia. Acepté de buena gana unirme a la oscuridad que les rodeó, porque sé que, durante ese momento, aunque corto, no hubo nada más para sus miradas entrelazadas, para el reconocimiento y la entrega.

Mi interior tronaba, desdichado. La cerveza sudaba. Despauso la escena y la vida continúa su cauce regular.

Sigo volviendo a repetir cada detalle y me estremezco. Presencí la finura del aparato cósmico y a pesar de que duele, me complazco de saberme peón de algo más grato que mis fantasías amorosas ya por siempre a la sombra de ese único recuerdo en un bar repleto de gente donde se conocieron, antes de empezar a salir y prometerse y casarse y adoptar.

Pilar Alba Rodríguez (Zacatecas, Zacatecas, 1974) es doctora en Humanidades y Artes y se desempeña como docente en la Unidad Académica de Artes de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue becaria del FECAZ en 1999. Ha publicado los siguientes libros: *En la Casa de los Espejos*, *Las Raíces del Vuelo*, *Mírame a los Ojos* y *Dos pájaros de cuenta*. Su obra ha sido incluida en las antologías: *23 Muchachos en el Mar de los Feacios*; *Cuatro escritoras en busca de un lector creativo*; así como en los libros: *Selección Nacional del XII Premio de Cuento Carmen Báez y Alebrije de Palabras / Escritores Mexicanos en Breve*, UABP; entre otros. Colabora en diversas revistas y suplementos literarios a nivel nacional.

No mires atrás

No mires atrás, me decía constantemente la abuela durante mi infancia y me recordaba la infinidad de relatos acerca de mujeres que al voltear quedaron convertidas en piedra, sal, arena... Yo me quedaba pensando, imaginando en mi cabeza esas historias que tantas pesadillas me provocaron cuando era niña. Fue hasta ahora que necesité tomar en cuenta el consejo. Caminé rápido, siguiendo su indicación, sin voltear atrás, para no quedar como todas aquellas mujeres. Mirando fijamente adelante continué la marcha. Nunca volteé, la abuela seguramente estará orgullosa. Sin embargo, no sé qué hacer, aunque lo quisiera ya no puedo volver la vista atrás, pero siento cómo los ojos llenos de arena derraman saladas lágrimas que caen hasta perderse en mis pies que comienzan a convertirse en piedra.

En tu corazón

En tu corazón, en ese lugar quiero meterme: en tu corazón. Entraré por una rendija entre tu uña y carne, lo haré en forma de astilla que se clava para insertarse en las venas, para que ellas puedan conducirme a través de tu sangre a tu ventrículo izquierdo. Ahí instalada podré descansar un rato. Algunas veces lo único que haré será dormir todo el día, para por la noche aparecerme en tus sueños. Dentro de ti, iré contigo a todas partes. Sabré todo lo que haces, los lugares que visitas, las personas que conoces; también podré

agitarme para hacer bombear tu sangre cuando alguien se acerque a tu lado con intenciones de amor, confundirás la ilusión con síntomas de enfermedad, con alteraciones en la presión arterial. El médico te dirá que no es nada, es cosa de no preocuparse. Pasado el susto deambularé en tu corazón, a cada rato le traeré mi recuerdo para que no me olvides y me tengas siempre presente, tanto que creerás que me llevas dentro, así será, pero no te revelaré mi secreto; hasta que un día ya sea inevitable, porque uno no puede vivir siempre dentro de otra persona sin empezar de pronto a sentir que falta el aire, que empieza ahogarse. Saldré súbitamente... aún no sé si será en un suspiro, un estornudo o tal vez, para continuar con el romanticismo, mejor lo haga en una lágrima: Así deslizándome de tu ojo a la mejilla seré borrada de tu cara con el dorso de tu mano. Al mismo tiempo desapareceré de tu memoria.

Sol

Un día miré durante tanto tiempo al sol que la piel se me puso como un jitomate y los ojos se me fundieron. Dicen que fue mi madre quien corrió a rescatarme, que me curó la piel con lágrimas y ungüentos; los cuales poco a poco hicieron que recuperara mi color natural. La fortuna que corrieron mis ojos, por desgracia, no fue la misma. No se pudo hacer gran cosa por ellos, ahí, el mal ya estaba hecho. Aunque yo era pequeña, recuerdo cuando juntas emprendimos múltiples viajes buscando quien devolviera la vista a los ojos que como un par de huevos se me cocieron. Recorrimos hospitales, brujos y curanderos, cada uno de ellos tenía una respuesta, un diagnóstico nuevo, pero ninguno pudo darme un remedio. Lo que no sabían todos aquellos médicos, brujos y charlatanes es que yo no necesito luz para estos ojos... lo que me hace falta, lo que realmente necesito: es quien saque y absorba todo este sol que me comí aquel día de mi infancia y desde entonces hace que permanentemente sea de día en mi cuerpo. Es por eso y no por otra cosa, como a veces quieren creerlo, que por las noches duermo a cielo abierto esperando que la luna se beba la luminosidad que el sol me dejó dentro.

Roberta García Baccio (Zacatecas, Zacatecas 1969) es ingeniera en Sistemas Computacionales y Programación por el Instituto Tecnológico de Zacatecas; trabajó en el INEGI en San Luis Potosí y en Querétaro, en este último estado estudió la carrera de Restauración de Pintura de Caballete, laborando en taller particular y en proyectos alternos en otras ciudades. Fue encargada del acervo del Centro de Formación y Producción de Artes Gráficas de Occidente y Museo *José Luis Cuevas* de Colima, Col. Asimismo, estudió la carrera de Gestión Cultural en UDG y ha colaborado en proyectos culturales. Publicó el cuento *El regalo de cumpleaños* en *Ediciones La Copia*.

Movimientos telúricos

Aquel día la Tierra tembló, cimbró los cimientos destrozándolo todo y la ciudad quedó convertida en ruinas. Ella había sido la causante, ella, la única sobreviviente, la que aprendió con el tiempo a sobrellevar los desastres que causaba su alma telúrica. Desde pequeña se dio cuenta de este poder, este don, esta extraña reacción del mundo hacia sus emociones, su configuración. No pasaba un día en que no manifestara algo, incluso muy dentro de sí, con su consabida réplica en las afueras; trataba en vano de reprimirse, pero nada engañaba a eso que la perseguía incesante.

Intentó muchas veces de no mirar a los atardeceres que la conmovían, se negó a las estrellas, la luna, los árboles, a sentir el viento en su cara, pues sabía que eso implicaba movimientos telúricos, a veces terribles, a veces poco advertidos; según el grado emotivo que experimentara, sus enojos también provocaban grandes terremotos. Nunca una persona intentó ser tan ecuánime y fría.

Caminaba despreocupada cuando lo vio en la calle con su andar desparpajado, su mirada triste, su cabello revuelto; claros motivos de ternura la hicieron esquivar la mirada, mas ya se había prendado, su alma se sentía irremediamente atraída hacia ese ser hipnótico. Repetidos temblores y maremotos se sintieron esa jornada en su país. Al día siguiente, trémula, fue en su búsqueda, sabiendo el perjuicio que provocaba; buscó su mirada y esta vez el daño fue mayor, la capital se había sacudido como en años no lo hacía.

Días y días en constante dilema, temblaba tan solo de pensarlo; comprendió que su esfuerzo era inútil, si no lo veía, la desazón provocaba movimientos tectónicos, erupciones de volcanes. Quizá sería bueno terminar con eso de una vez, hablar, desengañarse, olvidar los ojos, el cabello, el andar; no contaba con que él también la había visto, ya había adivinado, turbado, la melancolía en su caminar tembloroso y la soledad de un poder inexplicable. Le sonrió.

Horas y horas de diálogo brindaron una tranquilidad al planeta que hace mucho no se sentía, los científicos no se explicaron esa repentina calma. La dicha florecía a través de las palabras, las miradas, el reconocimiento de dos seres que, sin saberlo, se pertenecían; y es que él, geólogo, ya había comprendido el sismo de su corazón. Era inevitable la entrega de almas y cuerpos, a pesar de que ambos se resistían, el amor es egoísta, no sabe de catástrofes, de magnitudes e intensidades, tan solo de lo que exige el deseo.

Aquel día la Tierra tembló.

Nancy Erika Acuña Aguayo (Zacatecas, Zacatecas, 1984) es licenciada en Letras por la Unidad Académica de Letras y maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas por la Unidad Académica de Docencia Superior de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Actualmente es estudiante en el Doctorado en Estudios Novohispanos en la misma universidad.

Rescaldos de humedad

No somos rescoldo
pavesas volátiles
que el soplo del viento
vuelve a la vida
somos hielo
somos lluvia.
El amor como la lluvia
al caer busca su cauce
hasta llegar a tu fuente.
Moja mis labios con tu lluvia
agita tus aguas internas
para que mi salmón alcance a desovar
y bendecir la fuente de tu vida.
La lluvia es impredecible y benéfica
en su libertad estriba su bondad
propicia las aguas serenas
agita las indecisas
alebresta a las rebeldes
para que el salmón intente subir: una vez más.
La noche abarrota sus esquinas de negro
la lluvia se infiltra por todos los rincones
me permite surcar tus veneros
en pos de tu aroma
del sabor de tus poros
y la humedad de tu vientre.
Somos salmón, lluvia, río.
Indistintamente.

Laura Alicia Soriano Torres (Guadalupe, Zacatecas, 1976) egresó del CETIS 113 en 2001 y se ha dedicado eventualmente a la música; estudio algunos años en la Unidad Académica de Música y es participante activa en la agrupación polifónica “Sociedad Coral de Zacatecas” y ocasionalmente en otros grupos importantes, como el Coro de Cámara de la EMUAZ y Coro de Ópera. Siempre le ha interesado la escritura y en 2008 publicó *Para lenguas y campanas, las guadalupanas. Cuentos y leyendas de Guadalupe*.

El sueño de la araña

Por fin estás donde te quería. Por poquito y te me escapas. Eres tan veloz, ¡claro!, con ocho patas, ¿quién no? Pero no voy a permitir que te metas detrás del ropero y, mucho menos, debajo de mi cama, con el asco que me das.

Todo tu cuerpo es asqueroso, no sé cómo te soportas a ti misma. Es que no tienes absolutamente nada agradable para ver. Tu enorme barriga es grotesca, me pregunto qué guardas ahí, ¿tu veneno?, ¿los inmundos huevecillos de tus crías? Sí, eso debe ser, por eso es tan mórbidamente enorme. Sin mencionar esa especie de lomo-cabeza tan horrible y deforme que tienes. ¿Cómo es posible que te broten las patas de la cabeza? Y, además, son tan estúpidamente largas. De pronto no sé si reírme o vomitar. ¡Criatura horrenda!, hasta tu coloración seca y parda me produce náusea, eres completamente desagradable.

Si hay algo que no soporto es tu cara, si así se le puede llamar, debe ser terrible cargar con esos enormes colmillos tupidos de pelo. Cómo, ¿también te sirven para caminar? No deja de sorprenderme lo espeluznante y tétrica que puedes llegar a ser.

Y tus ojos, tus malditos ojos. ¡Deja de mirarme así!, ¿qué pretendes de mí?, ¿intimidarme?, ¿suplicarme? Bicho desgraciado. ¿Te asombra que yo soy más fuerte que tú?, ¿que soy más veloz y sagaz que tú, como para dejarte sin escapatoria? Ah, ¿sí? ¿me levantas tus infames colmillos?, ¿a mí? ¡Pedazo de ponzoña! Ya verás lo que te haré.

¡Arderás infeliz! Morirás de la manera que te mereces. No lo esperabas ¿verdad? ¡Animal nefasto! Ahora la flamita consumirá a la arañita. Ja, ja, ja.

Qué calor hace. ¡Es insostenible!, me quitaré toda la ropa. ¡Ah, ah! No lo aguanto ¡Ay, ay! ¿Qué me está pasando? Mis... mis brazos. Mis piernas. ¡Ay! ¡Auuu! ¡No, no!, ¿Qué es esto? Me siento rígido. ¡Auxilio! ¡Por favor! ¿No hay nadie que me escuche? ¡Oh, ya no puedo hablar! ¿Qué es esto?

Me... me estoy paralizando, no soporto esta humareda. ¡Cof, cof, cof! ¡No lo aguanto! El dolor es terrible, insostenible. ¡No puedo más!, no puedo, no... puedo... no... pue... do... no...

No sé dónde estoy. El dolor se ha ido. Está todo muy oscuro, no me veo ni a mí mismo. Es como ser aire, como flotar en la nada, en el vacío, sin destino...

Bastaba un pisotón.

Diana Lidia Oliva Alcalá (Guadalupe, Zacatecas, 1995) los libros le llamaron desde que empezó a descifrar sus líneas y terminó estudiando Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Egresó de dicha escuela en julio de 2019 y actualmente trabaja en una tesis sobre Ana María Matute. Forma parte del colectivo literario Las Sin Sostén y en noviembre de 2019 participó como ponente en el Coloquio Internacional de Filosofía Feminista en Morelia, Michoacán.

La tía Aurora

Mi tía se llamaba Aurora, como la *Bella durmiente*. Toda su vida fue como una princesa encerrada en una torre, solo que su cárcel era una casa, no un castillo, y en lugar de dragón, la custodiaban dos ancianos que solo podían ser atendidos por ella. Fue la más pequeña de seis hermanos y, también, la única mujer. Fueron justo esos motivos los que la obligaron a permanecer al lado de los abuelos.

Vio a cada uno de sus hermanos dejar su hogar, viajar por uno y otro lado, hasta decidir quedarse en un sitio y formar una nueva familia, o volverse nómadas por completo y probar la libertad encontrada en el viento de cada sitio nuevo al que sus pies los llevaban. Ella solo conoció medicinas, citas con el doctor y las historias que sus hermanos traían al hogar de los abuelos de vez en cuando. Nunca pudo alejarse demasiado, pues siempre tenía que volver a tiempo para dar tal o cual medicina, la hora de la comida o la del baño. Su libertad se veía condicionada por una lista de deberes que jamás parecían terminar.

La casa de los abuelos siempre olía a pan, pues Aurora pasaba el día entero cocinando diferentes pasteles, galletas y cualquier cosa que pudiera ser horneada. Sus días transcurrían en medio de esa cocina, primero en el horno, luego lavando los trastes. Recuerdo que a menudo ella tenía el ceño fruncido y sus ojos algo que no podía definir, de niña pensaba que era enfado o molestia, ahora creo entender lo que veía en ellos, no puedo describirlo, pero sí comprenderlo.

Un día la visitamos y notamos que usaba lentes, igual que los abuelos, y en su cabello había empezado a nevar. Ya no preparaba

golosinas, ahora hacía bufandas, guantes y todo lo que pudiera ser tejido. Sus pasos se volvieron lentos y necesitaba ayuda para realizar ciertas tareas. Sentada en la sala, con sus estambres de colores, me recordaba a Penélope engañando a sus pretendientes para seguir esperando a Odiseo. ¿A quién esperaba mi tía Aurora?

Una vez la sorprendí mirándose al espejo, tocaba las arrugas de su rostro, como si esperara que desaparecieran y la suavidad volviera a su semblante, no sucedió y dos lagrimillas resbalaron por su mejilla. Dejó de contemplarse porque su reino de cacerolas y pastillas reclamaba su presencia.

A partir de entonces todas sus comidas supieron a sal, aunque fueran tartas o licuados de frutas, el sabor del mar escapaba de sus ojos sin que ella se diera cuenta y caía sobre todo lo que tocaba. Yo lo descubrí porque la última bufanda que me regaló tenía varios puntos blancos que, como resaltaban en el azul marino del tejido, parecían estrellas, pero cada que corría mis estrellas caían al suelo.

Mi tía se llamaba Aurora, como las luces que adornan el cielo en el Polo Norte. Estaba hecha de sal, bufandas, recuerdos, anhelos y sueños sin cumplir. Desapareció con la muerte de los abuelos, sus cadenas se habían roto, pero, tras años de llevarlas a cuesta, ya no era capaz de imaginarse sin ellas.

Un día, cuando la visitamos como de costumbre, no la encontramos por ningún lado, la estufa estaba apagada y el tejido descansaba sobre la mecedora, que había dejado de balancearse, y nadie acudió a nuestro llamado. La casa de los abuelos estaba vacía y nuestras voces regresaban en forma de eco.

No volveremos a ver a la tía Aurora, pero por fin consiguió su libertad, quizá ahora escala montañas, conquista países lejanos o le lleva abrigo a quienes tienen frío; quizá acompaña a quienes se sienten solos. Ahora viaja entre la brisa que despeina las rosas con la salida del sol y contempla los amaneceres que, durante años, no pudo contemplar.

Karen Salazar Mar (Zacatecas, Zacatecas, 1993) egresó de la Unidad Académica de Letras, de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado poemas, ensayos y narrativa en suplementos y revistas culturales como *Punto de Partida*, *Círculo de poesía*, *Crítica Fondo y Forma NTR*, *La Soldadera*, *Tachas*, *El Guardatextos* y *Editorial Fragmento Celeste*. Asimismo, ha publicado *Plegaria de la escafandra* (2018) y *Poemas Karen Salazar* (2018). Ha pertenecido a distintos talleres literarios, como el que dirige en Zacatecas el poeta Javier Acosta. Fue becaria Interfaz 2016 a cargo de Mario Bojorquez. Actualmente pertenece al taller Los hijos de Alicia.

Imagen desvencijada

Me desdoble, me siento frente a mí
me persigo una semana
observo mientras duermo
y no encuentro nada
solo un pincel en la mano.

Me veo desnuda bajo la ducha
pero el agua no escribe sobre mi cuerpo
apenas ruinas del tiempo en la tinta de mi piel
las fotos que tomé ya no me dicen nada sobre lo que fui.

Vuelvo a mí y busco un reflejo, todos son turbios:
un espejo enmohecido, un río en cauce
pobre Narcisa, no me comprendo en la silueta reflejante.

Entonces veo mis manos, mis pies descalzos sin arena
ojos verdes en el umbral de mi ventana
es más fácil verme niña en el regazo de un rey
recostada en las faldas de una piedra con manos ásperas
Nunca supe recordarme con actualidad.

Por oídas sé que tengo el rostro joven de mi madre
un castillo sin paredes de corona

el cuarzo perdido es mi único adorno
pero permanecen mis ojos nocturnos
y las serpientes que sisean en mi cabeza.

Quién soy, sino yo misma en el reflejo de unos ojos de miel
cómo soy, sino una gata en libertad que busca su domicilio
soy una diosa, una mendicante y una mortal
todas en el cuerpo cambiante de una mujer que solo es mujer.

¿Has escuchado el tictac en el cuarto de lado?

Qué difícil es decir no cuando quieres decir dónde
encontrar el minuterero dando vueltas hacia el lado contrario
mientras el segundero
a marchas forzadas
tira para el “lado correcto”

Los hombres ya no se levantan,
debajo de la cama permanecen las fauces acechantes
del tiempo que carcome las patas de la cama
hay miedo
la gente tiene miedo de hacer ruido
¿has escuchado el tictac?

A mi padre le aconsejé no marcharse
pero sus ansias de movimiento
quemaban las plantas de sus pies
regresó tres veces
y tres veces me negó

El eco también es un tictac
reminiscencias de las palabras cautivas
como manecillas
como el segundero de un reloj que pierde la pila
tiritante, casi sucumbe

¿Has escuchado las palabras, las has oído?

Anastasia Piñeiro Aguilera (Zacatecas, Zacatecas, 2002) es estudiante del último semestre de preparatoria en el Tecnológico de Monterrey Campus Zacatecas, institución donde lleva un promedio de 94; además, a su corta edad, domina tres idiomas. Su pasión por las letras la llevaron a formar parte del grupo literario Búhos. Ha publicado en *Avenidas* y *Expresiones*, antologías publicadas por Búhos y el Tecnológico de Monterrey. Asimismo, ganó primer lugar en un concurso de cuento corto en dicha institución. Vive en Zacatecas con su madre y sus tres mascotas. Ha participado en varios concursos de literatura y espera algún día poder publicar una novela.

Un secreto a mis pies

Hoy encontré un cadáver, era pequeño y asombrosamente bello. Se le veía abatido y las hormigas comenzaban a comer sus ojos sin piedad alguna. Yo me encontraba triste ese día y cuando mi mirada se posó en su cadáver también algo murió dentro de mí. Lo levanté con mucho cuidado, no quería lastimarlo, tenía que cuidar de él después de su muerte, así que lo pegué a mi pecho intentando compartirle un poco de la vida que yo aún tenía, pero que a él le habían arrebatado. Intenté cerrar sus ojos en vano. Lo acaricié, pasé mi dedo con cuidado por sus azuladas plumas y comencé a cantarle mientras lo arrullaba.

¿Cómo era posible que en un lugar tan concurrido nadie se hubiera dignado a recogerlo? Me di cuenta de que el mundo se encontraba verdaderamente podrido si las personas eran capaces de seguir su vida sin inmutarse al encontrar un cadáver a sus pies. Un ser vivo, ahora muerto, que a nadie le había importado.

Lo cubrí del viento tormentoso y caminé con él en brazos a través de un sendero boscoso cuidando de no tropezar. El suelo se encontraba completamente seco, incluso diría que muerto, y cuando traté de cavar una pequeña tumba en el suelo, me di cuenta de lo duro que era, todo se encontraba congelado, incluso el corazón de los hombres.

Posé al pequeño a mi lado, envuelto en mi chamarra y con lágrimas en los ojos comencé a cavar un hoyo debajo de un árbol de melancólicas ramas. Mis manos, tan débiles, como yo misma,

terminaron completamente congeladas y llenas de rasguños de los que emanaban diminutas gotas de sangre.

Sacudí la tierra de mis manos y me dediqué a preparar mi secreto, limpié su plumaje, cerré su pico, lo acomodé de la mejor manera posible y busqué flores bellas con las cuales poder adornarlo. Solo encontré una minúscula florecilla naranjada que coloqué en su pecho sin vida.

“Perdón por haberte encontrado tan tarde, supongo que no pudiste morir amado, pero ahora eres amado en muerte. También lamento que hayas tenido que morir aquí, donde los humanos ya no son nada más que seres arrogantes y egoístas en busca de dinero. Sabes que me gustaría poder quedarme a calentar tus restos, pero los dos sabemos que eso de nada servirá. Y sé que a cualquiera le parecería falso, en este mundo donde el amor ya no significa nada, pero en verdad te quiero”. Lloré un poco más antes de cubrirlo de tierra y partir.

Para mi suerte, después de unos pocos respiros, pude acompañar al pequeño cadáver. Salí de ese lóbrego lugar al cual jamás había logrado pertenecer. La malicia de la humanidad no había querido que yo siguiera respirando, y así fue. Ese día se cavó más de una tumba.

Karina Ramos Álvarez (Zacatecas, Zacatecas, 1997) estudia el décimo semestre de la Licenciatura en Letras en la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue integrante del taller de narrativa de la Preparatoria número 4 de la misma Universidad. Colaboró en dos ocasiones en la revista semestral de la Unidad Académica Preparatoria de la UAZ, *Barca de Palabras*, en el número 25 con un breve ensayo sobre la “experiencias en el taller de narrativa”; y en el número 26 con un cuento de temática policiaca. Actualmente forma parte del Taller de letras del colectivo Líneas Negras.

Tras la ventana

Eran cerca de las dos de la mañana cuando la luz de la luna brillaba con inusual intensidad, su luminosidad entraba por las ventanas de algunos edificios y alumbraba las habitaciones. En un rincón de la ciudad, una lámpara de escritorio, aún encendida, iluminaba el rostro de una mujer. Verónica con frecuencia trabajaba hasta tarde, la razón principal era el insomnio que la aquejaba desde hacía ya tres meses; creía que al escribir lograría cansar su mente y de esa manera el sueño la dominaría con facilidad. Vivía en el tercer piso de un edificio de apartamentos, una de sus ventanas daba al callejón que servía de atajo, aunque poco frecuente, para varias personas que querían llegar al otro lado de calle.

Esa noche, mientras trabajaba, escuchó un ruido que llamó su atención, al parecer provenía del callejón. Por lo regular el barrio era tranquilo, algunas ocasiones escuchaba discusiones de parejas que se encontraban en la calle o peleas de borrachos que después de unos minutos cesaban. Pero en este caso el ruido no se asemejaba a alguno de ellos. Verónica se asomó por la ventana, recorrió un poco la cortina que cubría su visión, intentando no hacer movimientos bruscos para que no la vieran. Sus ojos se detuvieron en dos hombres que discutían, uno de ellos era alto y delgado, vestía una chamarra negra y pantalones de mezclilla, también portaba una gorra negra; el otro era más bajo y robusto, portaba un traje oscuro. Por un instante Verónica pensó en volver al escritorio, pero siguió ahí, observando.

Cuando creyó que no llevaba a nada esa conversación, las voces de ambos sujetos se iban elevando de tono hasta que el hombre de gorra acorraló al otro contra la pared. El sujeto de traje intentó escapar y golpeó al otro, pero el de la gorra lo alcanzó y le dio varios golpes que lo dejaron en el piso. La curiosidad mantenía a Verónica al pie de la ventana, veía todo desde ahí, mientras se preguntaba: ¿quiénes podrían ser esos hombres? y ¿qué tipo de asunto estarían arreglando a esas horas? En ese momento, el hombre de la gorra sacó un arma y agredió al de traje, que acababa de ponerse en pie. El sujeto cayó de nueva cuenta al piso intentando pedir ayuda, pero los gritos no salían de su boca.

El agresor miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera viendo o escuchando algo; cuando giró la mirada al edificio que tenía enfrente vio, en una de las ventanas del tercer piso, a una mujer que intentaba esconderse. Por un momento pensó en no dejar ningún testigo, pero algo lo detuvo, era imposible que ella lo identificara o incluso distinguiera su rostro; si se acercaba al edificio, solo se arriesgaba a ser descubierto. Lo mejor era marcharse en ese instante.

Detrás de la cortina, Verónica respiraba con dificultad, estaba segura que el hombre la había visto, ahora no podría sacarse de la mente que iría por ella. ¿Qué debía hacer?, ¿llamar a la policía o fingir que nada pasó? Su mente estaba hecha un caos. Su curiosidad comenzó a dominarla y volvió a mirar al callejón. Ahí solo quedaba el cuerpo del hombre desangrándose que, a esas alturas, ya debería estar muerto. El asesino se había ido. Ya no había tiempo de llamar a una ambulancia o a la policía, dejó pasar mucho tiempo desde que el ataque se produjo. En ese momento lo único que le importaba era que el asesino no fuera por ella, solo quedaba fingir no haber visto nada.

Al amanecer, la policía acudió e hizo su trabajo, interrogó algunas personas cercanas al lugar de los hechos, incluyendo a Verónica; pero todos afirmaron haber estado durmiendo al momento que el crimen ocurrió, sin más que pudieran decirles los dejaron ir. Ella no sabía cómo había logrado mantener la calma al momento del interrogatorio, pero, al parecer, no sospecharon nada.

En los periódicos ya circulaban las fotografías del hombre muerto y el relato de lo que posiblemente pasó, afirmaban que dos personas habían intentado asaltarlo y al no lograr su fin lo apuñalaron; pero así no sucedieron las cosas, no hubo un robo ni fueron dos asaltantes, solo Verónica sabía lo que había pasado, solo ella sabía lo que en verdad esa noche aconteció.

María Elena Rodríguez Caldera (Fresnillo, Zacatecas, 1999) desarrolló el gusto por la lectura mientras cursaba la Primaria y la Secundaria. Actualmente estudia en la Unidad Académica de Derecho, en Fresnillo, perteneciente a la Universidad Autónoma de Zacatecas. En 2018 obtuvo el segundo lugar en el concurso de calaveras que organiza el diario *La Jornada Zacatecas*, con su composición *Las columnas de la flaca*. En la escritura y el derecho encuentra el medio para liberar las ideas de lo que a veces no es perceptible.

Metas terminales

¿Cuál de mis llagas supura dolor
para mendigar un fuerte brazo,
suave apoyo y orgulloso auxilio,
entre demasiados navajazos?

¿Cuáles de mis súbitas palabras
fueron libélulas nucleares?
¿Cuáles de ellas perdieron la lucha
para sollozar en sus altares?

En el blanco pecho me prendía
una dócil brasa azul y helada.
A gigantes segundos de estallar,
dejó mi pobre alma acalambrada.

Cual chispa absurda tintineaba,
en el rabillo del cráter lunar.
Vomitó mis pensamientos necios,
ni un bocado conseguí degustar.

“Ha de ser un susto, mal espanto
se quita con una buena limpia,
agua, sal y un huevo de gallina
seguro sale la mala vibra”.

¡Rayo de fulgor inesperado!
¡Tan apacibles y agudas voces!
¡Sádico y amargo caramelo!
¿Por qué ahora no me reconoces?

En mi copa añoro la cicuta,
culpar al Creador no es sencillo;
la clara paloma mensajera,
arrastra una nota y dos bolillos.

“Es para el sobresalto”, dijo ella:
Veo positivo a malignidad...
¡Mis omnipotentes pesadillas!
¡Hijas de su pronta realidad!

Anduvimos en cunas nevadas,
festejé mi verde cumpleaños,
el saco de huesos dichoso en mi ser,
víctima de los frescos engaños.

¡Humillé a tu pérfido inquilino!
¡Lo maldije y a su inhumano padre!
Por igual me reí a carcajadas...
¡Estas letras son hechas con sangre!

Hoy soy polvo, sal, sed, nube... ¡Nada!
Las paredes apestan a laurel.
El quimérico aire y el perfume...
¡Todo goza de gris vida excepto él!

Brenda Castro Rosales (Guadalupe, Zacatecas, 1979) es licenciada en Letras y maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas por la Universidad Autónoma de Zacatecas “Francisco García Salinas”. Actualmente se dedica a la investigación del periodo novohispano.

Tarot

*

La suerte está echada. Siempre escupiendo sangre y sacándose los mocos rojos; a veces los pega a un costado de la cama, debajo de la base o entre el buró y la cabecera negra; otras veces los frota entre sus manos, como si moliera masa o barro. Su dedo índice derecho parece tatuado de un rojo carmesí, es habitual verlo de ese color. Cada mañana, él pica una y otra vez su nariz antes de que ella despierte.

— ¿Ya te estás picando? —pregunta ella sorpresivamente y él para en seco sus movimientos mientras sostiene la respiración.

—De plano no entiendes. ¿Quieres que te dé otra hemorragia?, ¿quieres qué te ponga otro tapón nasal? —ella se levanta de la cama resignada, camina al baño de puntitas, nunca le ha gustado usar sandalias; se baja las pantaletas y frente a ella está la pared salpicada de sangre.

— ¡Carajo! —detiene el chorro de su uretra. Hace una pausa. Está decidida a salir y enfrentarlo. —*¿No que no te sueñas? ¿Y qué es la sangre en la pared? ¿Crees que me engañas? ¿Por qué no te comprometes con tu salud?* —piensa molesta.

Se vuelve a escuchar el chorro en el baño. Regresa de puntitas y salta a la cama sobre él, quien suele fingir que duerme, le gusta hacerlo para evitar hablar con las personas y con ella.

—¿Qué quieres de desayuno? —pregunta ella tiernamente.

—Mis chilaquiles con un huevito estrellado y gelatina — responde él con cierto entusiasmo.

Ella se incorpora de la cama no sin antes besarlo. Él necesitaba desayunar, su olor es fétido. Ella recordó que su cuñada, que era médico, le había dicho que no estaba malo, porque los pacientes cómo ellos huelen a gomitas. Pero él nunca huele a gomitas. A veces se pregunta de cuáles había olido su cuñada.

Su aliento viene desde sus entrañas, no son sus muelas o dientes sin cepillar, viene desde el intestino grueso y seguramente del delgado, ciertamente desconoce cuál va primero; su aliento envuelve su ser, parece su fragancia. Han pasado varios meses y su piel también expide un olor extraño que no es a gomitas, es semejante al jarabe y al paracetamol, aunque él nunca ha tomado jarabe y paracetamol.

No podría ser a sudor, él ya no suda, tiene prohibido beber líquidos. Cuando el nefrólogo le prohibió beber agua, su garganta comenzó a padecer un tormento. Es la imagen de una persona sedienta bajo el sol quemante del desierto. Necesita agua, no puede vivir sin ella y puede morir al beberla. Es veneno. Se ha dejado de surtir el garrafón de agua en la casa para evitar la tentación, pero aun así él encuentra la manera de saciar su sed, bañarse es siempre la mejor opción.

—¿Tomaste agua? ¿Y ese vaso? ¿Y ese charco en la cocina?
—pregunta ella con la mano en la cintura.

—No sé, seguro fueron los perros, Paulo o Candy. Y si no fueron ellos entonces lo hicieron los fantasmas, siempre escucho ruidos extraños cuando te vas —replica él.

Es habitual que los fantasmas o espíritus, como él les nombra, hagan desorden en la casa: una barra de queso o un bote de helado desaparecidos; vasos regados con un cuarto de agua; sangre en las sábanas, colchón, cobertores, puertas, paredes y toallas. No puede culparse a los espíritus, ella nunca los ha visto. Además, hay cosas más importantes en qué pensar y los entes se quedan donde pertenecen, en el plano astral. Para él son parte de la familia, dice que tiene “el don” de verlos.

**

Sus compañeros de sala suelen dormir mientras las máquinas les sacan la sangre y la pasan por un tubo con filtros y mangueras. En la pantalla se lee su presión arterial, peso, densidad, talla, tiempo que va y tiempo que falta para terminar el tratamiento.

No falta el día en que una máquina encienda la luz roja. “Ya valió” dicen algunos pacientes y las enfermeras que interrumpen su desayuno. El enfermo, a quién le suena la máquina y enciende el foco

rojo, se despierta sobresaltado, angustiado. Será que llegó el momento, piensa.

—¿A qué le movió, don Chuy? —pregunta una enfermera enfadada.

—¿Yo? —responde don Chuy con un gesto de asombro.

—Y luego, ¿quién más? Es que toma mucha agua. No entienden, de plano quieren que uno haga todo. A ver, ¿qué comió?, no me diga que nada porque eso dicen todos. Y luego que se mueren por nuestra culpa, ¿verdad Teresita? dígame que don Luis se murió porque antes de venir a su tratamiento decía puras mentiras. Nunca decía que tomaba mucha agua y comía de todo. ¡Ay ta' que se nos murió! No dijo que se había tomado una cocota y le pusimos amlodipino y prazosina para subirle la presión. —replicó la enfermera con tono de regaño y molestia.

Las enfermeras hacen su mejor papel, aunque la mayor parte del tiempo fingen atender. De cierta manera se comportan como un mesero. Si necesitas algo, nunca van. Cuando les hablas no escuchan.

—Hay que ganárselas —le dice él —Mañana les traes chocolates— los beneficios de los pequeños obsequios son muchos: si llegas tarde, te conectan primero que a los otros pacientes y lo hacen en la mejor máquina, en la que nunca falla; te ponen cobija y te parchan bien el catéter.

Ella no tiene duda de que él es un hombre inteligente y sabio, le gustaba leer toda clase de libros. Se pasó un mes estudiando uno acerca del tarot, está decidido a leer su suerte y la de ella. Quiere descubrir si lo ama o no y las cartas se lo dirán. El tarot se ha convertido en su pasatiempo; a veces le gusta jugar a la muerte, es parte de él, piensa que es peor negarla. Mientras espera a que termine su tratamiento saca el tarot y se los lee a los pacientes. Algunas veces, los doctores, enfermeras y familiares, hacen apuestas para saber quién sigue. Nadie quiere ganar.

—¿Quieren saber quién sigue? —pregunta él con una sonrisa burlona y triste a la vez. —¡Sí! — dice una de las enfermeras. Él saca sus cartas, no están completas, le gusta armarlas antes de salir

por sí hay alguien que sepa tarot. Se asegura de que siempre estén la muerte y el diablo, dice que este es su amigo y cualquier día lo visitará.

—¡Chin!, ¡chin! Mejor ya no le sigo —expresa él jugando con los espectadores.

—¡No, sígale!, ¡sí, no sea así!, ¡ya, díganos! —emocionados y curiosos dicen varios al unísono.

—¿Seguros? Porque no es nadie de los pacientes —insiste en que le digan que prefieren no saber.

Que se podía ver en el tarot que no se viera en el espejo, en el cajón lleno de pastillas del buró, en la ropa holgada, en el color de la piel, en las noches de dolor y ansiedad; en la máquina de oxígeno encendida las veinticuatro horas; en el dedo índice derecho tatuado de rojo carmesí.

Stephanie Hernández Martínez (Zacatecas, Zacatecas, 1992) se desempeña actualmente como profesora en Educación Secundaria. Es egresada del Centro de Actualización del Magisterio en Zacatecas; su pasión por la literatura y la enseñanza de las letras la llevó a estudiar la Maestría en Enseñanza de la Lengua Materna en la Unidad Académica de Letras de la UAZ. Ha participado en diversos certámenes literarios, encuentros y foros. Trabajó en la investigación y publicación del libro *Juegos Florales Juan Aldama, Zacatecas 1989 y 1991*. Se ha dedicado a analizar la vida y obra de Ramón López Velarde y el texto *Obregón 73* describe los últimos momentos de la vida del poeta.

Obregón 73¹

La edad del Cristo azul se me acongoja

Ramón López Velarde

Era una madrugada de invierno y lloviznaban gotas de silencio. Había salido, buscando acallar esas funestas dualidades que atacaban mi ser, después de una obra en el Teatro Lírico y pretendiendo encontrar en el café Colón compañía. A mi paso la frialdad del ambiente se metía en mis huesos; aparecía la Plaza Orizaba y la recreaba en mi mente como si fuera una tarde de domingo, con las muchachas dando vueltas después de la misa de la Sagrada Familia. El cementerio de la Piedad me imantaba a sus puertas, pero esa noche solo quería caminar, sentir el cansancio en mis piernas. El vaho de mi aliento formaba figuras magnéticas, fantasmas, que me visitaban fugaces y se perdían en la inmensidad.

Recordaba la impetuosa Revolución, la sangre en mi patria vendedora de chía y a Madero llamando al pueblo mexicano a tomar las armas para luchar por la culminación de la dictadura de Porfirio Díaz. Eran ráfagas de imágenes que me invadían: mi terruño, la bizarra capital, la ciudad, tus ojos como esmeraldas expansionistas; y luego me veía a mí mismo ayudando a Madero a redactar el Plan de

¹ Basado en los textos de Ramón López Velarde.

San Luis. Ahora todo había avanzado, el presidente Obregón conjuntamente con Vasconcelos anhelaban la regeneración de México, y yo solo anhelaba regresar a Jerez y encontrarme con el viejo pozo.

La noche avanzaba y los candiles tiritaban con una luz incandescente que me hacía evocar mi origen. Todo se me presentaba con una claridad espeluznante. Yo era entonces un joven sin Baudelaire, sin rima y sin olfato, me iba muy bien con el credo, pero muy mal con los mandamientos. Era un espontáneo que no tomaba en serio los sesos de su cráneo. Era prisionero de catorce rejas, pues al ser poeta y verme acorralado entre los alejandrinos me volvía elocuente; seguía mi paseo divagando en una constante lucha entre Eros y Thanatos. Caminaba lentamente y el viento quemaba mi rostro; eran pequeños cuchillos que se clavaban en mis mejillas. La calle lucía desierta, el murmullo de las estrellas platicando era lo único que me acompañaba.

A lo lejos descubrí que no estaba solo, apareciste tú, pensé que eras mi tía pues cuentan que se aparece a las once. No, no podía ser ella. Te fuiste acercando altiva y liviana, con tu traje negro, de luto de pies a cabeza. El piso húmedo guardaba por instantes las huellas de tus zapatillas y mi alma se suspendió junto contigo. ¿Por qué te aparecías?, ¿qué buscabas? Y de súbito me saliste al encuentro, me atrajiste con tus guantes negros al océano de tu pecho. La inmensidad de la oscuridad caía sobre nosotros y empezamos a bailar un vals sin fin por el planeta.

No te pediría que te casaras conmigo, pues no quería que te fueras. Tú no eras la Beatriz de Dante, no eras la Laura de Petrarca, y por supuesto, no eras Fuensanta. La taladrante idea de pensar en Margarita o en Josefa teniéndote tan cerca me hacía querer ser ese pozo, donde de niño apoyaba mis codos para alcanzar a ver en el fondo el iris de los peces. Quería que en mí se reflejaran las estrellas, y al ser tú una de ellas perdieras pie y cayeras dentro mío, ¡oh Fuensanta! la aromática vecindad de tus hombros, la quinta esencia de tu espalda leve, el escapulario que juega travieso en tu pecho.

Tus guantes negros tomaron celosos mis mejillas para que fijara mis ojos en tus pupilas casi secas. No querías que mi pensamiento volara. De súbito tocamos el piso. Tomaste mi mano

delicadamente. Podía sentir la textura de la tela de tus guantes. Trazaste el camino, yo te seguía hipnotizado. Ya no podía sentir frío, estaba fuera de mí, en un universo en el que solo podía seguirte, sin preguntar nada, no decías nada. Nuestra muda conversación se compensaba con el diálogo entre nuestras manos.

Por fin te detuviste. Tus ojos encontraron los míos y, guiándome, me pidieron que mirara hacia arriba. Solo pude observar el letrero de la calle que decía: Obregón 73. Me habías conducido a mi casa por un nuevo camino, es verdad, reconocía la fachada, los alrededores. La puerta se abrió y apareció un velo de ala de mosca. Nos volvimos a mirar, asentiste con la cabeza y con ello sabía que el fin de mi cuerpo había llegado. Mi mano trémula dio movimiento a la transparencia del velo, puse un pie dentro y la realidad se transformó; ya no estaba el escritorio, ni los libros. Entré por completo y la sangre se me congeló por entero. El púrpura se apoderó de mis labios y me vi dentro del viejo pozo. Había regresado a mi terruño después de una vasta Odisea. No quedaba más que la *Zozobra* y *El son del corazón*.

María Zamarrón Castillo (General Pánfilo Natera, Zacatecas, 1996) es pasante de Filosofía por la Universidad Autónoma de Zacatecas; actualmente prepara su trabajo de tesis en el área de ética. Fue alumna de intercambio en la UNAM en 2018 y realizó una pasantía de investigación en la Universidad de Cartagena, Colombia en 2019.

El ancla

Era martes con sabor a domingo el día que decidí coger un autobús de regreso al pueblo donde mi niñez se esfumó. Motivada con las imágenes arcaicas y quizá distorsionadas por el deseo de volver, y en un señuelo de costumbres sirviéndose a evitar el desasosiego causado por las sórdidas preguntas que avasallan cuando una se encuentra en un áspero desierto espiritual. Llevaba solo un bolso de mano lleno de artículos personales y una pequeña petaca con la escasa ropa que conseguí embalar antes de que Alberto me encontrase y saboteara mi partida, pues tenía en mi historial una larga lista de intentos fallidos por irme de su lado, abortados justo en el instante que él decía “te quiero”. Su monumental poder se vertía sobre mí, acrecentado con mi sumisión natural y el miedo al abandono, pues siendo éste último una constante en mi vida, era el lastre llevado a donde quiera que fuera.

A mi madre no le conocí. Se fue unos meses después de mi llegada al mundo, antes de cobrar la consciencia necesaria para sentir el duro golpe de su pérdida. Por ende, mi padre cuidó de mí y yo cuide de él. ¡Sí!, le hice padre, aunque comprobé, por las cartas sin fecha ni dirección que arrojaba bajo su buró, que mi ausente madre le hizo poeta. Él sufría. Sus encuentros y desencuentros con el alcohol se hicieron, al paso de los años, cada vez más frecuentes, el estado de ebriedad fue en ocasiones su única manera de sublevarse contra la concatenación causal que hace de algunos acontecimientos fuertes pesares. Pese a todo, vivimos juntos hasta el día de su partida: una mañana, cuando el volante le traicionó, perdió el control y perdió la vida, y en ese mismo instante yo comenzaría a perder el control de la mía. La tía Elvira, a la que solo llegué a ver un par de veces antes, me recogió para llevarme a Guadalajara. Algunos años transcurrieron

y pude comprender mi condición de marioneta. Ella quiso hacer de mí una joven educada en las viejas normas, seguía los métodos tradicionales de castigo y estaba allanándome el terreno para conseguir un esposo rico que solucionará mi existencia y a ella sus graves problemas económicos, acaecidos por sus compras excesivas y su ociosa y ornamental vida que poco a poco le llevó a la quiebra. Yo, por otro lado, no gozaba de lujosas comodidades, aunque, debo confesar, de vez en cuando la tía hacía las inversiones necesarias en mí, al ser yo una mercancía que debía salir del aparador, vestida de blanco o rojo, no importaba siempre y cuando ella adquiriera una jugosa recompensa. Como un destino trazado, intenté aceptar mi situación sin lograr alguno. Al cumplir veinte años y después de una larga y tormentosa batalla, tomé las fuerzas necesarias para mudarme a la Ciudad de México, a probar suerte, un sorbo de azar o eso que tanto misterio tiene pues, por más dolorosa que sea la lucha, si logras sobrevivir te vienen fuerzas extras de no sé qué confín del mundo, o quizá siempre estuvieron en potencia dentro, solo era necesaria una situación extrema.

Ya en la capital, fui moza de un café en el centro de la gran urbe. Ahí conocí a Alberto y me enamoré de inmediato. Nos fuimos a vivir juntos después de prometernos el mundo, mas, como los grandes proyectos infundados, fracasamos en nuestra proeza inicial de cumplir aquello que prometimos. Entonces yo volví a mi condición de marioneta, sonreía cuando Alberto quería que sonriese y callaba cuando Alberto estaba cansado para oírme. Él logró encauzar mis sentires a su favor embridando aquel caballo sano y salvaje que todos llevamos dentro, haciendo de mí una joven formal, sumisa, hogareña. Logró con relativo éxito el plan que la tía Elvira había trazado para mí. No hubo heridas físicas, sin embargo, logró, quizá sin desearlo, violentarme de otras maneras: poseía esa extraña capacidad para maquinar frases precisas y zurcir el mundo a su antojo. Tuve inicios por tener un poco de control en la relación y, como en una gran pendiente, todo el río de mis reclamos terminaba por ceder. Tiempo después, me tomé el oficio más enserio tras reunir algunos indicios que sentaban a Alberto en el banquillo de los acusados. Las pruebas lo delataban, el ingrato me engañaba con una joven italiana a quien conoció en su taller de fotografía:

- Alberto, ¿podemos hablar?
—Amor, ¿puede ser luego?, ven y cena conmigo.
—Alberto, es importante, ¿sí?
—Está bien, pero que sea después de hacer el amor. Mmm, ¡sonríe amor mío!, si algo vale la pena conservar es esa angelical sonrisa en tu rostro.

Al ver sus ademanes, al escucharle, las incógnitas se disiparon; terminamos haciendo el amor. Horas después, las dudas alcanzaron a infectar la noche; lo entendí, él sabía que sospechaba de sus infidelidades, por consiguiente, maquilaría de todo para mantener nuestra relación de codependencia donde yo accedía a todos sus chantajes, él amaba la cuerda que me ataba a su voluntad, superando por mucho al peor de los tiranos, no era la crueldad sino las palabras, la fuente de su fortaleza. Intenté reclamarle nuevamente. Lo negó todo y fingí creerle. Quizás debido al cansancio caminé sola a mi hoguera. Me entregué a mi verdugo sin poner la menor resistencia. Yo había vivido para Alberto, amarle me daba un sentido, más el fuego termina por devorarlo todo, incluso al amor más complaciente.

Me vi en el espejo sintiendo lástima de la caricatura que se reflejaba y, sin dar más explicaciones que una nota fechada, escribí: “Me voy, no me busques. Sé feliz con la bella italiana”. Dejándole preparado el café con leche de cada mañana para no suspender la rutina del todo. Fui a tomar un autobús que me llevara a Guadalajara, de ahí tomaría otro a Matorral para llegar, después de varias horas más, a Paniagua. Supe que tomé la decisión correcta al entrar en aquella estación del sur y ver en el reflejo de un retrovisor que la caricatura había desaparecido, dejando en su lugar a una mujer cansada. Fue un acto meritorio y proseguí segura mi camino.

Despertó la mañana bañada en su rocío, el sol preparaba su siempre salida triunfal y vi de súbito el paisaje más hermoso al cual tomé por buen augurio: sus dramáticos tonos recordaban una de esas pinturas impresionistas que admiraba e inmediatamente entré en un estado místico, revelador, fue ese tipo de experiencias de las que has escuchado hablar, pero en las que solo crees cuando estás frente a una. Llegué a Paniagua, arribé a los vestigios del hogar donde mi padre y yo pasamos los mejores momentos, y sobra decirlo, también

los peores, pues probé a una edad prematura los efectos colaterales del alcohol y el acre sabor de la muerte. Abrí, no sin dificultad, la puerta de casa e inevitablemente las huellas de polvo se hicieron visibles. Mi vieja recámara, los utensilios de barro, los sueños pasados, los dolores presentes, los rencores, los malos hábitos, todo estaba allí siendo juez y juicio.

Volví a llorar con grandes gritos: ya no era Alberto la causa de todas mis lágrimas, solo una diminuta e insignificante parte. Lloraba por mis inagotables fracasos: la madre que no conocí, el padre al que vi morir. Sí, lloré por Alberto y los residuos que dejó su extraña manera de quererme. Lloré por horas y lloré por días. No obstante, las tormentas también tienen un fin y cuando eso sucedió, vino por vez primera el reconocimiento de mi ancla: el temor a quedarme sola, la superstición que trae consigo la tragedia, la enfermiza manía de permanecer callada, fueron mi atadura, mi prisión y, al volver a los orígenes después de incalculables pérdidas, Paniagua fue el primer testigo de mi libertad.

Iranzu Gárriz Fernández (España, 1976) vive en Zacatecas desde 2006. Es economista; creció a la ribera del río Ebro entre buenos caldos tintos y hortalizas frescas. Nutrió su juventud, política y espiritualmente, en las primaveras eternas de Guatemala. Cultiva su adultez como *oficiera* de sazones y ritmo en México. Pasajera del híbrido teoría-práctica, serpentea no sin dificultad hacia el arte combinado de la docencia, la escritura y la cocina. Cursó el *XIII Diplomado en Escritura Creativa* (Fundación INBA, 2017), talleres de cuento y poesía en El Claustro de Sor Juana (2015, CDMX). Ha publicado microficción en la revista *Nocturnario* (2018), poesía en la antología *Niña Caracola* (Cascada de Palabras Cartonera) y ha autoeditado una serie de Poemas-Objeto sobre el misterio de la sazón (2017).

La sazón de los domingos

Julio Jaramillo cantaba sentimental y la luna llena se asomaba sobre el cielo de Reforma. Cargábamos el coche con las cosas del puesto cuando apareció Alberto con una cubeta de pulque, regalo de un cliente suyo. Una veladora sobre uno de mis bancos periqueros terminó por congregarse a un grupo de espontáneos que animosos damos cuenta del elixir. Ni los montones de basura regados en la calle, ni los fardos de hierros de las estructuras que están desmontando, pudieron deslucir el encanto del momento. A la izquierda, desde su pedestal, Cuitláhuac nos retaba con su mirada.

El que resistió a los invasores y su despojo a muerte; él que cayó de viruela poco antes de lograr vencerles; primo de Cuauhtémoc, quien tuvo que rendirse para evitar sufrimientos mayores a su pueblo. Hace casi quinientos años de eso, en este preciso lugar. Hoy Cuitláhuac contempla impávido la circularidad del tiempo, la inclemencia del poder, la dinámica de acumulación capitalista que aún funciona a través del saqueo. Ahora es la reconversión urbana, la especulación inmobiliaria.

La Lagunilla es un barrio histórico de gran riqueza arquitectónica con sus casonas y mansiones porfirianas. Enclavado en el Centro Histórico de la Ciudad de México, resulta una bicoca muy apetecible de potenciales plusvalías millonarias para el capital

inmobiliario, ávido de nuevos mercados que mantengan su tasa de ganancia. Bien lo sabe Carlos Slim, principal accionista y beneficiario del proceso de gentrificación vigente. La heterogeneidad de público que frecuenta el tianguis dominical, la tradición de sus antigüedades, su herencia dentro de la cultura popular urbana son atributos de gran atractivo para revalorizar la inversión. Y así como el trabajo humano es la fuente de valor en la producción capitalista, único creador de plusvalía, así también son las rutinas cotidianas, las prácticas de la gente en su convivencia familiar, laboral o por ocio, las que en última instancia confieren su valor a los espacios. No se revaloriza el capital por sí mismo, sino a través de la vida humana.

Entre los toldos multicolores se asoma el lila de las flores de jacaranda. En mi pasillo se arremolina la gente: “¿Qué va a querer?, ¿Qué busca?” “Le doy precio, amigo”, “puede probarse sin compromiso, amiga”. “¿Hoy toca la paella negra, güerita?” pasa preguntando algún antojadizo. A la hora del calor está en su apogeo el tianguis. Ya los clientes –nuevos amigos, viejos conocidos– llevan avanzada su rutina. Cada quien traza su itinerario con mayor o menor versatilidad. Unos entran por Rayón y avanzan entre los pasillos de Comonfort para cortarse el pelo, conseguir discos de acetato, minerales, tenis o ropa casual; otros gastan las horas previas en Tepito; hay quienes buscan directamente las últimas novedades en series televisivas o videojuegos de oferta; muchos se detienen en las antigüedades y llegan a mi puesto con alguna extravagancia que quién sabe si de veras alcanzan a usar, como los zapatos de charol para bailar claqué que presumió una vez Eduardo.

Entre tanto, se toman unas micheladas, algún pulque o los cocteles que Eloísa ofrece charola en brazos: “Mojitos, amiga; esperma de pitufo, semen de Hulk”. Baker completa la oferta psicotrópica con sus “voladores de Papantla”, *brownies* cósmicos que vende ya entrada la tarde. En mi puesto nunca falta un chiste, alguna anécdota divertida, una base sobre la que improvisar un rap y terminar todos cantando, más si toca megáfono abierto a fin de mes. Hasta poesía clásica en latín hemos escuchado, recitada por Midori. Nos envuelve el sentimiento. Hechizados, los iniciados prometen volver.

Tabernáculos de Amor. Dos por dos metros cuadrados para recibir visitas. Interfluir esencia. Vida resonando en cada puesto. Espontaneidad. Sorpresa permanente. Estados alterados de conciencia por el alcohol y el consumismo, pero también por el calor humano y la buena vibra que acompaña la desinhibición del ocio compartido en la calle. La energía embriaga. ¡Qué profundo placer me recorre el cuerpo!, se me enchina la piel cuando rememoro la familiaridad con que mis clientes socializan entre sí, cuando intercambian sus *Facebooks* y les veo despedirse de abrazo. “Y tú, ¿qué haces entre semana?” es una pregunta muy frecuente de oír. Refleja el entendimiento tácito de una manera particular de estar allí, de una relación distinta a la rutinaria.

Las praderas de Cuitláhuac ya están verdes, pero lucen desiertas desde que talaron los árboles por orden del gobierno municipal. Antes, familias, grupos de amigos y amorosas parejitas retozaban a su sombra en algarabía de risas y música de guitarras o *djembes* a ritmo africano. Hasta una hamaca llegué a ver colgada. Pero designios del poder, la policía prohibió el acceso a esa área de pasto, también conocida como La Isla, en la rotonda que cobija la estatua de nuestro héroe y separa el tianguis del icónico proyecto habitacional de Tlatelolco, primero con medidas de acordonamiento y despliegue de operativos y luego con la despiadada decisión de talar sus viejos árboles.

El proyecto de corredores de transporte público y la línea siete del metrobús por Reforma, ponen en riesgo la vitalidad actual del tianguis. ¿Hasta cuándo resistirá su conversión en producto estandarizado, apto para el patrón de consumo elitista que va adquiriendo poco a poco el centro? ¿Hasta cuándo sorteará el desalojo del ambulante que inevitablemente le aguarda? ¿Hasta cuándo la conciencia de un pueblo será luz y fuerza contra el auto aniquilamiento del que es cómplice y partícipe? ¿Hasta cuándo los pueblos con visión y valentía guiarán a sus líderes hacia la vida y no hacia la muerte? ¿Hasta cuándo otra vez Cuitláhuac?

Cynthia Yolanda Aguayo Medina (Zacatecas, Zacatecas, 1987) es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Zacatecas/ Universidad Autónoma de Aguascalientes. Su obra ha sido incluida en el libro de poesía *Desmembranzas* (2010) y en la *Antología de Narrativa Posmoderna* (2018). Ha publicado el capítulo “Testimonio y ficcionalización en *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya” en *Poder y resistencia en la literatura latinoamericana* (2019). Realizó estudios de posgrado en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su nombre aparece en la ELEM (Enciclopedia de la Literatura en México). Actualmente es candidata a maestra en Letras Iberoamericanas por la Universidad Iberoamericana Puebla.

Aión

A Julio Iván

En diez días habremos vivido un mes
En un mes perderemos la cuenta
En un año rebobinaremos todo
y la vida seguirá inexcusable
El tiempo cavidad vegetal se expandirá
irá más rápido que la boca a la mano
regresará al instante primigenio
donde ungiste mi cabeza
y la carga fue quitada de mi hombro
el yugo de mi cerviz
Soy más que ayer
Te nazco con Aión de nuestro lado

Jardín

Se parece a bucear, no tengas miedo

Andrés Neuman

Estás ahí sembrándote inversamente
Estás ahí, tú que ya no eres tú
has dejado una savia fluorescente por toda la tierra
me has abierto el centro más hondo de mis años
Llueve y este silencio tuyo germinará en otro cuerpo

Gotea y el jardín brota, germina hacia abajo
Hablemos del legado que habrás de darme

Hidrología

Si paro de teclear voy a vomitar. No dejo de teclear. Tecleo. A veces no digo nada, otras tantas sí. Al final y quizá desde el inicio nadie entienda. Pero lo último que me interesa es que adviertan algo.

Lo que escribo no tiene sentido para los perversos. Tal vez los bienaventurados capten los signos latentes. Pero tampoco le juego al logogrifo, acaso no hay signos, significados, palabras. Sigo con el tecleo. Si interpretan no llegarán a nada. La reflexión comienza y se acaba en sí misma. Este es un ejercicio (tecleo) vacío.

Continúo, tecla por tecla. Intento que este aluvión no se me salga por la boca, que mi acequia mental lo confine todo. Porque cuando asciende lo único que lo contiene es el interruptor que acciona la escritura. Entonces no dejo de mover los dedos. Lo que temo es que la puntuación se me vuele. Pero no, tampoco me atormento. Inserten las comas, quítenlas, sustituyan los puntos, piren los ojos hacia otro texto. Destruyan todo. Yo solo tecleo. Yo soy el tecleo.

Si me detengo a pensar se me desbordará por entre los dientes. Lo que hago es un acto autómatas, autónomo. La mecánica de la ansiedad lleva sus engranes en mí. Y basta un impulso inicial, la chispa primigenia para recomenzar el ciclo.

Otra vez las arcadas. Construyo una represa: mi tecleo. Pero hay un río afluente en la cavidad de mi desbordamiento. Un peligro inminente. El paladar es un dique que quiere ceder. Me detengo por un segundo. Paro totalmente. La hidrología interna se acrecienta. Las náuseas. Vuelto en esta hoja lo que me llueve desde dentro.

Cynthia García Bañuelos (Zacatecas, Zacatecas, 1975) realizó estudios en Literatura en la Universidad Autónoma de Zacatecas y posgrado en Filosofía, actualmente es candidata a doctora en Estudios Novohispanos. Su trayectoria profesional incluye una distinción como becaria del Ministerio de Educación Francesa en 2000-01 en la ciudad de Besançon y es docente investigadora de la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Sus publicaciones comprenden análisis, crítica y ensayo en revistas, periódico y textos colectivos en los que ha abordado las líneas de investigación con las que ha comprometido su trabajo profesional, como la literatura femenina en América y Europa, la literatura comparada y la reinterpretación del mundo novohispano en la literatura contemporánea.

Beatriz Espejo, narradora del universo femenino

Leer a Beatriz Espejo² es sumergirse en un universo poblado de personajes femeninos que más allá de ser el eje temático de su narrativa, son elementos literarios que recrean las problemáticas cotidianas de las mujeres adoptando una actitud ante la realidad que las aleja del estereotipo de víctimas o seres marginados. Las mujeres de sus textos generalmente toman el control de su vida asumiendo las circunstancias de su inmediatez, que en su mayoría se refieren a la familia y la cotidianidad, un tema recurrente en su literatura que podemos identificar como uno de los *leit motiv* de su obra narrativa.

Esto no significa que todos sus textos hablen sobre la familia o mejor dicho “su familia”, es que en sus cuentos y novelas emergen viejas fotografías, imágenes repetidas de su vida como: su padre, la figura paterna añorada incansablemente con amor y admiración, la

² Beatriz Espejo. Nacida en Veracruz, México en 1939 es una escritora que se distingue por su habilidad como narradora, la mayor parte de su trabajo como escritora se ubica en el ámbito del cuento, pero también abarca el ensayo, literatura bibliográfica, periodismo y recientemente novela. Su formación profesional la realizó en la UNAM donde cursó la Licenciatura en Filosofía y Letras. Como lectora y escritora la influencia de las Hermanas Brönte, Agatha Christie, Edgar Allan Poe, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Elena Garro, Inés Arredondo, Luisa Josefina Hernández y Virginia Woolf son importantes y definitivas para desarrollar su trabajo creador. Profesionalmente se desarrolla como Profesora, investigadora y editora.

madre desdibujada entre la desdicha, el dolor y la locura, la abuela matriarca de la familia, la hacienda del Faisán el espacio familiar, el terruño, el lugar de origen donde reside la pertenencia y la identidad, finalmente el clan: los tíos, las tías, primos y primas, las tradiciones que se entremezclan con los recuerdos y la añoranza de un pasado glorioso, cómodo y aristocrático. Ahí está Beatriz Espejo y de esa gran alacena de anécdotas familiares brota la pasión por la creación literaria que da pie a su obra, en la que dibuja con maestría y gran conocimiento estético los textos que atrapan al lector. Ese clan que Espejo lleva auestas como un caracol cualquiera, ha marcado y determinado su vida y su obra literaria.

¿De dónde surge la inspiración de Espejo para crear estos personajes, escenarios y anécdotas que presentan a mujeres que desde el límite de su realidad se recomponen, se transforman y empoderan? es ella misma, su entorno y su realidad el origen de su literatura, en sus textos subyace un discurso entre líneas, apenas perceptible, tanto que para poder entenderlo e interpretarlo hay que ahondar en la escritora, leerla y descifrarla en sus entrevistas personales, en las que hace a los otros, en su biografía, ensayos y narraciones, hay que escucharla con detenimiento para poder explicarla. Beatriz Espejo, es la mujer, la escritora y el personaje que se multiplica en cada una de sus narraciones como la imagen refractada de un espejo. Ella como las mujeres de su entorno, las amigas, las compañeras, maestras y escritoras contemporáneas, con las que convive, de las que habla y escribe, son todas mujeres educadas en un modelo patriarcal que cada una repite inconscientemente:

Profesional de las letras y apasionada por las historias, se puede afirmar que Beatriz Espejo es una de las mejores cuentistas del país, por la variedad de fórmulas, personajes, tratamientos, manejo de escenarios y atmósferas.³

En la narrativa de Espejo el manejo riguroso y casi académico del lenguaje es un sello característico, su afán de perfección la llevan a

³ Asbun, Bojalil, Jorge, (antologador) *La otra hermana y cuentos de Beatriz Espejo* en la revista *El Rebitete*, Ediciones del lirio, México, 2019.

trabajar una y otra vez textos que aun ya publicados son corregidos, el uso de la intertextualidad y la intratextualidad de su obra son algunas de las características de su personalidad literaria, sus ensayos se construyen con una prosa delicada y amable, alejada del abrumador rigor didáctico, son textos subjetivos, íntimos y en ocasiones biográficos, y su espíritu libre e inconforme la llevan a producir una obra ensayística de contenido heterogéneo que la libera del encasillamiento.

Beatriz Espejo deambula en el espacio creativo y salta de la narrativa breve, al ensayo, la crónica, la didáctica, el periodismo y coquetea con la novela hasta consolidarla. Escritora ordenada y constante, la prensa ve su trabajo de forma continua, y su empeño se ve reconocido en una obra vasta y nutrida en manos del lector. Su matrimonio de más de cuarenta años con Emmanuel Carballo, historiador, periodista y crítico de la literatura mexicana fue para ella una etapa en la que transita de la juventud a la madurez creativa con paso seguro y firme. Su trabajo como periodista incitado por Carballo, la convirtieron en una destacada cronista de la literatura y el arte de México; el matrimonio fue para ella un íntimo diálogo con la crítica, el rigor y la exigencia en el ámbito literario, que estimularon su espíritu creador para trabajar con disciplina y tenacidad sin permitirle nunca abandonar los textos en cualquier cajón. Sin lugar a dudas Carballo la instigó siempre a tomar la pluma y plasmar todas las ideas que deambulaban al mismo tiempo por la imaginación de la inquieta escritora, y le dio reposo y cauce a su imparable espíritu creativo al tiempo que dejó una estela de sí en la obra de quien fuera la esposa y compañera de su vida.

Una intrahistoria de la femineidad

¿Dónde estás, corazón? publicada en 2014 es su segunda novela, una obra que pareciera reúne en sí misma todos los discursos de Beatriz Espejo, una historia en la que la autora sintetiza su trabajo literario y creativo en el que una vez más los temas constantes están presentes, en el que las asignaturas pendientes se retoman y concluyen, y en la que el gusto y la pasión personal fluyen, una obra cuya brevedad del cuento finalmente es trascendida y se escribe con un discurso íntimo,

amoroso en ocasiones erótico y finalmente doloroso. Proféticamente es también el homenaje y la despedida para Carballo, pues a un mes de su publicación, la muerte del crítico la sorprende y la que es considerada por la propia autora como su mejor obra la acompaña en su largo adiós y el duelo de la despedida.

Sin ser una obra extensa, la novela está compuesta de 24 capítulos y presenta al lector la historia de Corpus Christi, convento fundado en el siglo XVIII a instancias del marqués de Valero como un convento de capuchinas para recibir a indias cacicas, primer convento establecido en la Nueva España en el cual serán recibidas mujeres indígenas. Beatriz Espejo narra la fundación del convento y cómo transcurre la vida de las monjas y de otros personajes ligados a ellas en el exterior. Como lectores, por medio de la narración omnisciente, y en ocasiones en primera persona, conocemos la vida, deseos y pensamientos de las monjas que ahí habitan, al tiempo que asistimos a una representación de la sociedad de la época, la vida cotidiana, tradiciones, gastronomía, prácticas y creencias religiosas.

En esta narración, Espejo retoma cuidadosamente los hilos de todo lo que ha escrito y arma una gran madeja con la que teje finamente una narración que se expone ante el lector como un gran gobelino virreinal, donde los personajes emergen abstraídos de la memoria y de otras obras, de otros textos de todas esas ideas archivadas para un mejor momento y con ellos la autora escribe una intrahistoria de la femineidad aquella que ella conoce, de la que sabe, la que ha estudiado y de la que ha tomado notas para reflexionar y discernir sobre la realidad presente y pasada del hecho de ser mujer en un mundo gobernado por un orden patriarcal. El orden que ella misma ha experimentado con suerte, según lo menciona, lo que le ha permitido tener una vida con más libertades y oportunidades que otras mujeres, pero no por eso menos constreñida al universo femenino. Una intrahistoria que tal y como dice el concepto acuñado por Unamuno es el discurso que da visibilidad a la:

Vida silenciosa de millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que, como las madrêporas sub

oceánicas, echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la Historia.⁴

¿Dónde estás, corazón? es una novela en la que la autora enuncia un discurso en el que plasma la historia no contada, anónima y desconocida del ser mujer en una sociedad, en la que el deber ser femenino consiste en cumplir con el tradicional modelo de vida, basado en la idea de autoridad ejercida por el varón que ha dado históricamente superioridad a los hombres sobre las mujeres, lo que socialmente se ha traducido en la supremacía del varón (padre, hermano, esposo, hijo) sobre la figura femenina. Este modelo, el cual es conocido como patriarcado social, histórica y económicamente se ha erigido en un modelo de poder y dominio que tiene y ha tenido sometidas a las mujeres, vistas estas como una minoría. Sometimiento que abarca elementos primarios de la naturaleza del ser mujer como: su sexualidad y reproducción hasta su desempeño laboral e intelectual. Dando con todo ello origen a un orden representativo por medio de elementos de sujeción como la tradición y la religión.

Espejo construye una narración a partir de la investigación y documentación histórica que lleva a cabo a lo largo de su vida académica, su registro sobre este tema se fue enriqueciendo paulatinamente en archivos institucionales y religiosos como el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Nacional de San Austin, Texas, en textos literarios, históricos y manuscritos. Información sustraída de diferentes fuentes y en varios temas sobre la época. Finalmente, la idílica historia del marqués de Valero y Constanza Téllez se convirtió en el motivo que le permitió a la autora dar inicio a su primera novela inscrita en el género de la nueva novela histórica.

En efecto, esta historia se circunscribe en ese género del que Seymour Mentón y Fernando Aínsa han discutido ampliamente, la novela se sitúa en México durante el siglo XVIII y en ella se hace una recreación del escenario y ambiente novohispano utilizando como recurso el uso de la intertextualidad y la intratextualidad de obras y autores distintos, que la autora utiliza para la construcción de un discurso narrativo en el que se encuentra la descripción de lugares y hechos, así como la ficcionalización literaria de personajes históricos

⁴ Miguel de Unamuno, «En torno al casticismo», 1905.

convertidos en protagonistas de la historia como: Sor Sebastiana de las Vírgenes, sor Petra de San Francisco, Constanza Téllez, el marqués de Valero y Doña Amalia Moctezuma y Cano. La citación de textos como *De la Nueva España* de la autoría de Don Artemio del Valle Arizpe, *Las indias caciques de Corpus Christi* y *Cultura femenina novohispana* de Josefina Muriel entre otros, dotan a la novela de un contexto histórico fidedigno y puntual que Espejo utiliza como un sólido andamiaje que le permite entretener sobre él una intrahistoria, aquella que ha ido construyendo en toda su obra desde sus inicios como escritora.

Los personajes femeninos en torno a los cuales gira la historia son todos protagónicos pues son sus actitudes, comportamientos, diferentes tipos de relaciones, ya sea públicas o privadas, los que constituyen el punto central de la historia: la femineidad. Cada una de las mujeres representadas en esta novela son un modelo del conjunto de atributos adquiridos por las mujeres a lo largo de su vida y que dan origen al deber ser de cada una: su ser mujer. Todas y cada una de ellas, algunas extraídas de archivos históricos desconocidos, de crónicas, de diarios y manuscritos íntimos; otras de la memoria y el recuerdo, son recuperadas por Espejo en esta historia para construir un discurso sutil y discreto que subyace en una novela romántica e histórica, pero que busca incitar a la reflexión sobre esa condición excluyente y marginada que distingue a la femineidad.

Estas mujeres son protagonistas de su historia que a la vez es y ha sido la de muchas. Espejo desde su realidad, desde su visión de mujer del siglo XX, construye una historia anacrónica en la que estos personajes femeninos recrean diferentes roles del modelo de mujer sumisa; resignifica el concepto de femineidad al exponer la ruptura de cada una de ellas con los esquemas y la rebelión con el orden patriarcal que las sujeta, a partir de la vivencia individual de cada personaje con el rol que la sociedad le ha predeterminado. Es esa ruptura la que da origen a esta historia que cuenta la sumisión y marginación a la que la mujer específicamente en México ha sido obligada históricamente, el discurso literario de la autora propone al lector, desde la literatura y su reinterpretación histórica, la reflexión sobre los necesarios cambios para la construcción de una nueva

realidad histórica que reconozca, valore y confiera a la mujer el estado de igualdad genérica frente a la masculinidad.

Bibliografía

- Aínsa, Fernando, “La nueva novela histórica latinoamericana”, en *Plural*, núm. 240, 1991.
- Asbun, Bojalil, Jorge, (antologador) *La otra hermana y cuentos de Beatriz Espejo en la revista El Rehilete*, Ediciones del lirio, México, 2019.
- Carballo Emmanuel, *Confiar en el milagro: entrevista con Beatriz Espejo*. Colima, Universidad de Colima, 1998.
- _____, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 2003. (“Colección Sepan Cuantos”, 640).
- Espejo, Beatriz, *¿Dónde estás Corazón?*, México, Alfaguara, 2014.
- Menton, Seymour, *La nueva novela histórica de América Latina 1979-1992*, México, FCE, 1993.
- Valle Arizpe, Artemio (de), *De la Nueva España*, Argentina, Espasa-Calpe, 1956.

Y son nombres de mujeres
Antología de escritoras zacatecanas III

Secretaría de las Mujeres
Dra. Adriana Guadalupe Rivero Garza

Colectivo Líneas Negras
Mtra. Irene Ruvalcaba Ledesma
Mtra. Sonia Ibarra Valdez

Se terminó de imprimir en marzo de 2020
en Zacatecas, México.

Y son nombres de mujeres

Antología de escritoras zacatecanas III



ZACATECAS

—SECRETARÍA DE LAS—
MUJERES



Líneas Negras